

batiendo por su libertad. Pablo Alsina entonces solo aspira á que la noble ciudad condal secunde el movimiento, é inspirado por una luminosa idea, comprende que si logra que el pueblo barcelonés vea los sacrosantos principios por los que sus hermanos han levantado el grito, la insurreccion de Barcelona es segura. Ayudado por otro patriota llamado Norat, coge un gran farol que estaba preparado al efecto, y en el que se hallaban escritos los principales artículos del credo republicano, y lo coloca en el balcon de las Casas Consistoriales.

A su vista, Barcelona comprendió que ya solo era cuestion de un momento de energía el desembarazarse de los delegados que habia dejado Cheste y comparasa, y lleno de entusiasmo empezó á aclamar las ideas que Alsina, con la elocuencia muda de la simple exposicion escrita del credo democrático, hubo de despertar en sus paisanos.

Entonces, al mágico grito de viva la libertad, y al entusiasta eco del himno del mártir Riego, el pueblo, recorriendo las calles de Barcelona, más que arrojar, auyentó á sus tiránicas autoridades, que al

huir se llevaron tambien los clásicos *mozos*, la policía y demas agentes tenebrosos de que estaban rodeados.

Encauzado el movimiento revolucionario se formó la Junta, y más tarde, al cesar en sus funciones ésta, se eligieron por la misma tanto los ayuntamientos populares como las diputaciones provinciales.

La Junta revolucionaria que en seguida se formó, nombró á Alsina representante de la clase obrera en la diputacion provincial, y cuando llegaron las elecciones para diputados á Córtes, el sufragio universal señaló á Alsina para que viniese tambien á representar á la clase obrera en las Córtes Constituyentes.

Tal es la vida política del honrado obrero que hoy se sienta entre los legisladores de España.

Hijo del pueblo, ha venido á representar al pueblo; obrero, ha venido á representar á sus hermanos. Su humilde traje le honra, su sencilla chaqueta le enaltece más que á otros la púrpura y los entorchados. Sus manos encallecidas por el trabajo son más dignas de estrecharse que otras suaves y perfumadas, y su alma sencilla y noble, su conducta pura y sin mancha, hacen de Pablo Alsina el elogio más cumplido.

D. SEBASTIAN DE LAFUENTE ALCÁZAR.

El diputado cuya biografía vamos á escribir no es un político novel de los que vienen á romper su primera lanza en las actuales Córtes. Elegido ya tres veces por la provincia de Cuenca, de donde es natural, ha representado dignamente á su país en distintas legislaturas y con diferentes partidos en el poder, figurando casi siempre en la oposicion moderada ó de union liberal.

Su reputacion de jurisconsulto es tan brillante como bien merecida, tanto por sus escritos como por sus trabajos en el foro. Es además ventajosamente conocido en la república de las letras.

Nació D. Sebastian de Lafuente Alcázar el 20 de Enero de 1829, en Garcinero, provincia de Cuenca.

Sus padres, labradores distinguidos y bien acomodados, gozaban en todo el país de gran prestigio por su honradez acrisolada y por sus ideas liberales.

Pasó los primeros años de su vida en el pueblo de su naturaleza y en el de Barajas de Mela, donde residia generalmente su familia. La vida sencilla de los pueblos de corto vecindario no era la más á propósito para desenvolver las nacientes facultades del jóven Sebastian. Así que, sus padres, que deseaban darle una carrera conforme á su posicion y á la capacidad de que habia dado ya pruebas claras, decidieron enviarlo á Cuenca, capital de la provincia.

En 1841 entró á estudiar filosofia en aquel Instituto, en donde estuvo dos años, graduándose de bachi-

ller de filosofia al cabo de este corto espacio, merced á su buen entendimiento y á un trabajo asídúo que le habia valido notas excelentes y el aprecio de sus profesores y condiscípulos.

Pasó á Madrid en 1843 á estudiar la carrera de leyes en la Universidad central, y en todas las asignaturas sacó notas de sobresaliente.

En 1856 tomó la borla de doctor, incorporándose al colegio de Madrid y abriendo su bufete de abogado, donde no tardó en adquirir numerosa clientela, efecto de sus buenas relaciones y del éxito que obtuvo en su primeros negocios.

Durante su carrera dedicóse á cultivar las letras con brillante resultado, y escribió algunos artículos en varios periódicos de Madrid, que le valieron general aplauso y un nombre literario de no escasa valía.

Pero hasta 1856 puede decirse que no empezó á figurar como periodista, entrando de colaborador de *El Faro Nacional*, periódico de jurisprudencia, cuyo director era Pareja de Alarcon.

Entró despues de redactor en *El Fénix*, periódico político, cuyas tendencias eran de orden y libertad, ó sea la union sincera de todos los liberales para sostener un orden de cosas que iba á parar al abismo de la reaccion, donde se perderia irremisiblemente.

A poco tiempo de trabajar en *El Fénix* quedó de director, continuando al frente de este periódico hasta que dejó de publicarse por refundirse en los periódicos

LOS DIPUTADOS PINTADOS POR SUS HECHOS



S. DE LA FUENTE ALCÁZAR.



M. PASCUAL SILVESTRE.



P. MORENO RODRIGUEZ.



J. BORI Y ROSICH.

CORTES
1869
CONSTITUYENTES

cos *El Conciliador* y *El Horizonte*, en los que tomó parte como redactor.

En 1858 presentóse candidato ministerial en Puen-
teáreas, provincia de Pontevedra, en las elecciones
generales que hizo la union liberal, saliendo elegido
diputado casi sin oposicion.

Tomó parte activa en los trabajos de aquellas Cór-
tes, una de las que más larga existencia han contado
en nuestro país, figurando como individuo de la ma-
yoría hasta que, no hallándose conforme con la políti-
ca del ministerio O'Donnell-Posada, se pasó á los di-
sidentes, fraccion del partido unionista, que se formó
por entonces.

El 7 de Marzo de 1863, estando en el poder el mi-
nisterio Miraflores-Concha, fué nombrado subsecre-
tario de Gracia y Justicia, cargo que dimitió á la cai-
da de aquel ministerio.

En las elecciones hechas por el ministerio Miraflor-
es volvió á ser elegido diputado por el distrito de
Puen-
teáreas, y por Huete, provincia de Cuenca.

En 1864 salió tambien electo diputado por Cañiza,
provincia de Pontevedra, haciendo la oposicion al
gobierno de Narvaez, como perteneciente á la union
liberal, ó mejor dicho, á la fraccion de los disidentes,
que tan cruda guerra hicieron á aquel ministerio
reaccionario.

Cuando tuvieron lugar las célebres elecciones del
año 1865, Lafuente Alcázar, conseqüente siempre con
las ideas liberales y fiel á su partido, luchó encarniza-
damente en el distrito de Pontevedra para salir dipu-
tado, lo que no pudo conseguir, merced á lo que des-
de entonces se llamó muy oportunamente la influencia
moral.

Llegaron las elecciones de 1867, las elecciones de
real órden, aquellas elecciones hechas bajo el régi-
men del estado de sitio por un ministerio que inten-
taba seguir engañando á la nacion con un fantasma de
gobierno representativo. Cuando casi todo el partido
liberal gemia en el destierro ó llenaba las cárceles,
deber era de los pocos liberales que se hallaban en el
país y que conservaban aun cierto influjo sobre los
electores atemorizados, luchar hasta perder la última
esperanza.

Así lo comprendió Lafuente Alcázar, y en efecto,
luchó en abierta oposicion, en la provincia de Cuen-
ca, contra los candidatos oficiales Sartorius, Catalina,
Coronado, Barzanallana y otros, habiendo conseguido
un gran número de votos ó sea el triunfo moral.

En la situacion creada en Setiembre de 1868, los
unionistas, sus principales fundadores, habian de ten-
ner forzosamente una participacion activa. Así fué
que, al verificarse las elecciones, los principales hom-
bres de la union liberal se presentaron como candi-
datos. Lafuente Alcázar, cuya campaña contra la si-
tuacion reaccionaria que se acababa de derrocar le
habia colocado en uno de los primeros puestos de su
partido, se presentó en la circunscripcion de Cuenca,
y fué elegido por 30,000 votos, es decir, el que más
votos obtuvo de los cinco electos.

En las actuales Córtes ha usado poco de la pala-
bra, porque su modestia no le permite hacerse dema-
siado visible. No obstante, al discutirse el proyecto de
ley hipotecaria tomó parte en contra, pronunciando un
estenso discurso, notable por su templanza y buenas
formas y que mereció unánime asentimiento de la
Cámara.

D. MANUEL PASCUAL Y SILVESTRE.

D. Manuel Pascual y Silvestre nació en Valencia en 1830. Hijo de un ardiente veterano de 1823, no pudo menos de identificarse con los principios de la escuela liberal desde su más tierna juventud, dándose á conocer entre sus correligionarios como uno de los elementos más activos del partido progresista en el pronunciamiento de 1834. Merced á su celo y no escasa inteligencia, fué nombrado vice-secretario de la Junta de gobierno, pasando despues á ocupar el importante puesto de secretario particular del Sr. D. José Peris y Valero, cuyo cargo desempeñó á satisfaccion del mismo, durante el tiempo en que este hombre público ocupó la presidencia del ayuntamiento de aquella capital.

Despues de servir durante el bienio en las filas de la Milicia nacional, como individuo de la primera compañía del batallon de ligeros, desapareció de la escena política en 1836, sin acercarse jamás á ninguna de las situaciones que posteriormente vinieron á justificar el largo retraimiento del partido progresista.

Dedicado en este intervalo á la profesion mercantil, no por ello se separó del partido liberal, antes bien la constancia y la fé inalterable á los principios políticos de que se hizo una nueva religion, fueron siempre las dotes culminantes de su carácter.

Ageno á las exiguas miras del egoismo personal, nunca la agitada vida de los negocios pudo hacerle sordo á la voz de los intereses de su partido, y en don-

de quiera que este intervino, ora en cuestiones políticas ó humanitarias, el desprendimiento y actividad de D. Manuel Pascual son siempre los primeros en mostrarse allí donde el peligro ó la necesidad los hacian oportunos.

Corria el año 1864; una horrible calamidad se cernió sobre la frondosa y poética vega de Valencia. Nos referimos á la terrible inundacion en Alcira y pueblos comarcanos, que llevando el luto y la desolacion á centenares de familias, dejara profunda y tristísima memoria en la historia de aquella localidad.

Rivales fueron en acciones heroicas, con este motivo, todos los pechos generosos de Valencia, y allí donde habia lágrimas que enjugar y dolores que redimir, allí vemos revestido de celo y abnegacion al jóven diputado que, despreciando el furor de los elementos, y las consecuencias de una enfermedad en las palúdicas tierras de la ribera del Júcar, va como comisionado de la Tertulia progresista á llevar el consuelo á los afligidos, pan á los necesitados, remedios en fin de todas clases á las víctimas de aquella memorable catástrofe, tal vez sin igual en la historia de las de su género.

Si otras pruebas no hubiera dado de sus bellas cualidades morales, bastaba esta sola para hacerle simpático á sus correligionarios, y adquirirle justos títulos al aprecio de sus conciudadanos.

Todavía no borradas las huellas de esta inmensa

desgracia, gemia Valencia por tercera vez en pocos años bajo el azote de la funesta epidemia del cólera. Era el año 1865. La Tertulia progresista de Valencia, presidida por el insigne patricio D. José Peris y Valero, y compuesta de liberales, en su mayor parte de personas encanecidas en la práctica de todos los sacrificios y abnegaciones, que desgraciadamente ha impuesto la historia de nuestras vicisitudes políticas á los hombres que consagraron culto decidido á la santa idea de libertad, llenó espontáneamente en aquella ocasion un vacío que las autoridades habian dejado descubierto, sumiendo en espantosa miseria á la poblacion.

Angel de caridad, desplegó sus alas sobre Valencia, y constituyéndose en asociacion benéfica aquella honrada corporacion, nombró comisiones de barrio que investigasen las necesidades de la pobreza, dotó á cada distrito de facultativos, médicos y farmacéuticos, que generosamente se ofrecieron á secundar la conducta de la Tertulia, instituyó durante una breve época ranchos diarios para los pobres, y abriendo una suscripcion para ocurrir á todos estos dispendios, cúpole la indisputable honra de que todas las clases de Valencia, sin distincion de matices, le ofreciesen su donativo ó le prestasen su apoyo para tan humanitario objeto.

No podia faltar tampoco allí el concurso altamente eficaz de D. Manuel Pascual, que formando parte de la comision de beneficencia de la Tertulia, soportó un trabajo que, velado por la modestia innata en este generoso valenciano, tal vez no ha sido bastante apreciado, y que al ponerle en contacto con el lecho del moribundo, y el repugnante aspecto del miserable tugurio del indigente, acrecia sus fuerzas en vez de debilitarlas, y hallaba nuevo esfuerzo para su actividad allí donde por una lógica razon de naturaleza debia encontrar el cansancio, el abatimiento y la fatiga.

Vigilando, recorriendo barrio por barrio los asilos del pobre, y formando listas de todas las miserias y necesidades que encontraba al paso para presentarlas á la proteccion y amparo de la Tertulia, bien puede decirse que el Sr. Pascual y Silvestre vinculó en sí toda la gloria que en Madrid y otras poblaciones conquistaron los heroicos *amigos de los pobres*, al mismo tiempo que su laboriosidad incansable atendia á la contabilidad y parte administrativa de los fondos recaudados para aliviar las desdichas públicas en aquella época aciaga, dando cuenta detallada de todo por medio de la prensa de aquella capital.

Cualquiera creerá despues de leer las precedentes líneas, que el pecho de nuestro diputado se adorna

con cruces y cintajos de las que tan pródigamente repartian los pasados gobiernos á sus conmlitones. El Sr. Pascual y Silvestre, no aspirando á otra gloria que al aprecio de sus conciudadanos, puede hoy decir con orgullo: «no poseo ni una sola cruz.»

No fué únicamente en la parte de servicios humanitarios donde nuestro jóven diputado se significó á la gratitud de su país. Dotado de una imaginacion clara y reflexiva y de notables conocimientos económico-administrativos, fué llamado en distintas ocasiones á desempeñar cargos honoríficos en diferentes comisiones administrativas, en todas las cuales cumplió satisfactoriamente su cometido, adquiriendo un envidiable concepto de activo, inteligente y laborioso, lo que unido á su carácter franco y simpático, le ha granjeado muchos amigos, hasta el punto de que en las luchas intestino-locales de los partidos, le han tendido siempre simpática mano los mismos que no pensaban como él en política.

En 9 de Noviembre de 1858 fué nombrado representante de los bienes del ex-real patrimonio en la Acequia del Júcar.

En Noviembre de 1860 fué nombrado secretario de la Junta para la formacion del censo general de poblacion, trabajo que se le confió por el ayuntamiento, y que dejó ultimado á la perfeccion.

En 20 de Mayo de 1865, tambien secretario de la Junta para la formacion del censo lanar y caballar de Valencia, de cuya comision fueron recompensados todos los individuos menos el Sr. Pascual, que rehusó, como tenia por sistema, todo premio ó condecoracion.

Durante la larga peregrinacion del partido liberal por el desierto de sus desventuras, el Sr. Pascual y Silvestre se oscureció como otros muchos; pero dispuesto á trabajar con insistente ardor por la santa causa de la libertad, ofreció sus servicios á su consecuente caudillo Peris y Valero, preparando bajo su direccion los trabajos revolucionarios, y esponiéndose continuamente á las persecuciones de que eran conocido objeto sus correligionarios y amigos. Durante este período, se le confiaron varias comisiones con aquel motivo, siendo una de las más delicadas é importantes la de entregar pliegos de alto interés y comunicar órdenes reservadas á los liberales emigrados en Francia y otros puntos del extranjero.

Tan luego como se inició la revolucion de Setiembre último, Pascual y Silvestre fué uno de los primeros que se presentaron en la capitania general, secundando la voz dada por el Sr. Peris y Valero de «abajo los Borbones.»

Constituida la Junta revolucionaria, fué nombrado uno de los alcaldes de Valencia, en cuyo importante cargo prestó grandes servicios en pro del orden público, dominando la perturbacion creada por los sucesos en aquellos momentos de crisis, merced á su infatigable actividad, á su esquisita prudencia, y más que todo, á sus reconocidas simpatías entre las clases populares.

Más tarde inició en el seno del municipio varias mejoras y planteó diferentes proyectos que luego han venido á convertirse en otros tantos objetos de estudio, ó en obras de positiva utilidad para Valencia. Comisionado con otros compañeros á fin de obtener del Gobierno provisional el abono de los crecidos derechos de consumos que se adeudaban por atrasos á este ayuntamiento, obtuvo tan feliz éxito en sus gestiones, que la municipalidad valenciana no vaciló en tributarle, en union con sus colegas, un merecido voto de gracias, al que se adhirieron con sinceridad los órganos liberales de la prensa.

Posteriormente fué nombrado por aclamacion capitán de la segunda compañía del sexto batallon de voluntarios de la libertad de aquella capital, y poco tiempo despues, á propuesta del consecuente liberal D. Vicente Brú, apoyado por los delegados de varios partidos judiciales, fué elegido diputado á las Córtes

Constituyentes por la circunscripcion de Játiva, habiendo obtenido 26,391 votos, contra diferentes candidaturas de oposicion.

Conmovidos los liberales setabenses por la franca lealtad con que significó sus ideas y aspiraciones el Sr. Pascual y Silvestre, antes y despues de la eleccion, quisieron demostrarle á su vez sus especiales y afectuosas simpatías nombrándole hijo adoptivo de Játiva y prometiéndole estar siempre á su lado para obtener, aun á costa de su propia sangre, la consolidacion y afianzamiento de todas las conquistas revolucionarias.

Por último, individuo del comité central progresista de Valencia en la época de su disolucion y vicepresidente de uno de los distritos electorales de la misma despues de la revolucion de Setiembre, el Sr. Pascual puede vanaglotiarse de una vida enteramente consagrada al bien comun y al interés de la patria, y cuyas aspiraciones pueden sintetizarse en esta frase que á muy pocos se puede aplicar: NADA PARA MÍ; TODO PARA LOS DEMÁS.

El carácter del Sr. Pascual y Silvestre es afable, complaciente y cortés; sus opiniones monárquico-democráticas, y su más ardiente deseo, es ver constituida su querida patria al nivel de las naciones más civilizadas de la moderna Europa.

D. PEDRO JOSÉ MORENO Y RODRIGUEZ.

En ninguna parte de España se han propagado las doctrinas republicanas con tanta rapidez como en la risueña y feraz Andalucía, sobre todo en las provincias de Cádiz, Sevilla y Málaga, donde aquellas doctrinas imperan casi en absoluto. Este hecho reconoce dos causas principales: el carácter del pueblo andaluz, vivo, de imaginación ardiente y clara inteligencia, capaz como ninguno de comprender las ideas nuevas, las ideas grandes y abrazarlas con entusiasmo; y el estado social del país, casi exclusivamente agrícola y donde la propiedad territorial está muy poco dividida.

Llevan los pueblos agrícolas á los pueblos industriales, ó mejor dicho fabriles, una ventaja para la realización perfecta de la justicia en todas las esferas de la vida política y social, y es que desconocen la disciplina, la reglamentación, que son más sóbrios y más sencillos, y que como el aire y las aves de sus campos son puros, libres é independientes. Es cierto que las ideas penetran con más dificultad en el aislado y silencioso cortijo que en los centros fabriles populosos y animados; más una vez sembrada, la nueva idea germina y crece allí lozana y vigorosa y se convierte pronto en árbol frondoso y robusto. Por eso nosotros creemos que las naciones que viven casi exclusivamente del cultivo de la tierra, aunque hayan entrado á última hora en la marcha de la civilización son más aptas para realizar en todas sus partes la fórmula del derecho moderno, dando á la revolución una base moral inquebrantable, el sentimiento de la dignidad humana; que esas otras naciones que,

después de haber proclamado la libertad del hombre, la han reservado para unos cuantos y han encontrado el medio de reconstituir un nuevo feudalismo, el feudalismo industrial, que convierte al capitalista en señor y al operario en siervo, ó lo que es peor aun, en máquina humana sin iniciativa y sin voluntad.

Y la prueba de esta verdad la hallamos en Andalucía, país esencialmente agrícola, y que, pocos años há, era considerado todavía como el más ignorante, el más atrasado y el más fanático de toda España.

Pero la misma rapidez con que allí se ha desarrollado el partido republicano, ha dado margen á suposiciones más ó menos intencionadas, más ó menos absurdas. Se ha propalado la idea de que en Andalucía no se aspiraba á una revolución política, sino á una revolución social, que se querían poner en práctica y de una manera violenta las teorías socialistas; en una palabra, que se intentaba nada ménos que un repartimiento general de tierras.

No entraremos en el fondo de esta cuestión ni nos detendremos á averiguar las causas de tan infundados rumores, que por fortuna empiezan á desvanecerse ya, y que acabarán de desaparecer cuando entre nosotros se estudien un poco más esas teorías socialistas de que todo el mundo habla y que casi nadie conoce, cuando se empiece á distinguir entre el socialismo y el repartimiento de tierras, entre una teoría económica y un acto de inusitada brutalidad; entre la ciencia, que es el derecho, y la fuerza y la violencia, que son precisamente todo lo contrario.